

creo que haya sido superada por ninguna otra obra pictórica, acaso imitada en la *Adoración de la Sagrada Forma*, del Escorial, de Claudio Coello.

Ambas grandes figuras de la paleta mundial, trazan con sus vidas dos líneas que se cruzan, acaso en el momento en que Velázquez necesitaba una orientación para simplificar su paleta y en general su arte, y llenar de expresión su pincelada insuperable. Una vez realizado esto, Don Diego sigue su camino como el viajero que

bebida el agua, se aleja del arroyo, sin gran preocupación.

El cretense, después de cruzar, con escala en el Mediterráneo —Creta, Venecia, Roma—, fué el final de la gran pintura local del Renacimiento toledano, la última de Castilla. Velázquez es un pintor regional andaluz que pasa a ser la figura más grande de los pintores de Corte, que solo tuvo pálidos seguidores externos. El Greco tuvo rebotes muy firmes en toda la pintura española: Valencia con Orren-

te, Madrid con Velázquez, Sevilla con Pacheco y Granada con Sánchez Cotán. Fué una hoguera renacentista cuyas chispas incendiaron las luminarias barrocas de las escuelas peninsulares, pero sin rasgos aparentemente muy sensibles.

Una de estas almas incendiadas fué Don Diego Velázquez de Silva.

GUILLERMO TELLEZ

Académico de Número de la Real de Bellas Artes y Ciencias Históricas de Toledo.



Velázquez y su Circunstancia

Por FERNANDO JIMENEZ DE GREGORIO

Académico de Número de la Real de Bellas Artes y Ciencias Históricas de Toledo

EL ESPAÑOLEAR DE VELAZQUEZ

Velázquez, pintor cortesano de su época, no hace concesiones ni a los mismos reyes. Pinta sin adulación. La realidad es su realidad, sin perder nunca la belleza viva en cada uno de sus personajes.

«Españolear» es una palabra puesta en circulación en todo el ámbito del idioma castellano, por el conocido charlista D. Federico García Sanchiz. Nosotros hacemos nuestra esta palabra «españolear» para hablar de Velázquez, porque Velázquez, al pintar, «españolea». No se sale nunca de nuestra más ortodoxa tradición, sin que por eso su pintura pierda nada de su fuerza y personalidad ilimitadas. Los espacios cerrados, la asimetría, la individualidad, son su norma en «Las Hilanderas», «Las Lanzas» o «Las Meninas». No es extraño que este gran pintor «individual» y que individualiza a cada uno de sus personajes, exclamara ante los cuadros de Rafael: NO ME GUSTA NADA. Porque Velázquez ve en la pintura de Rafael arquetipos, pero no seres vivos, con sus bellezas o sus fealdades, como él fué capaz de crear, dejando la irrefrenable fuerza de sus pinceles sobre todo en los enanos o mendigos que pululaban alrededor de la Corte, liberándose así de las trabas de la etiqueta palatina que acortaban un tanto su genialidad.

Y hagamos por último notar la burla de Velázquez —que en su alma española sentía la fuerza única del catolicismo sin concesiones para otros credos— ante el dios Marte, o el dios Baco. En Marte —dios de la guerra— vemos un dios, o mejor, un hombre derrotado, grotesco e inútil. Es la burla ante el mito y la farsa. Es la realidad hecha color y vida. Es, ni más ni menos, que la interpretación genuinamente española de un mito pagano. Es «españolear» pintando.

SANDALIO DE CASTRO

LA vida artística de Diego Rodríguez de Silva y VELAZQUEZ corre paralela al reinado de Felipe IV. Llega nuestro pintor a Madrid, y es admitido en la Corte en el 1623; dos años antes se había sentado en el Trono de España y sus Indias aquel príncipe indolente, de sensualidad enfermiza y ferviente religiosidad. En el 1660 moría Velázquez, y cinco años después el rey. La pintura velazqueña irá marcando los altibajos del poder español, del estado de la Corte, de las alegrías y tristezas de aquel monarca.

Cuando nuestro pintor consigue, merced al partido andaluz que entonces gobierna, introducirse en la Corte, tiene veinticuatro años y es conocido y su arte apreciado en Sevilla, donde había nacido en el 1599.

Sevilla, a finales del siglo XVI, es la gran ciudad de la Península, la más densamente poblada, con sus 108.000 habitantes, mientras Toledo se mantenía en 66.000, Barcelona en 39.000; únicamente se acercaban Lisboa, que tiene alrededor de los 100.000, Granada con 80.000 y Valladolid 75.000. Era también la más rica, floreciente y poderosa en su economía. Aparte la feracidad de su suelo, tenía la exclusiva del comercio con las Indias, sosteniendo por ello relaciones marítimas con el mundo Mediterráneo y